



Invisibles

Por: Santiago Vásconez Yerovi

Yo solo quería ser como ellos.

Desde que llegamos, quería salir a jugar por las calles, hablar con la gente o comprar caramelos en la tienda de la anciana cascarrabias. Ir a la biblioteca del barrio y tomar cualquiera de los libros, sobre todo esos de aventuras que se leen antes de acostarse a dormir.

Pero cuando salía de casa, parecía que nadie me miraba. Todos giraban los ojos en otras direcciones, se concentraban el doble en lo que estaban haciendo y era como si yo no existiera. No sé si esto se debía al color de mi piel o a que nuestros dioses tenían nombres distintos. No entendía por qué de pronto me volvía invisible.

En mi calle, a unas pocas casas, vivía el señor Salazar, un hombre de unos mil años que miraba siempre desde su balcón. Todo el día permanecía sentado en una pequeña mecedora mirando a la gente pasar. Presiento que él también era invisible. Nunca nadie lo saludó o hizo el intento de hablar con él, ni siquiera lo miraban.

Un día, el señor Salazar empezó a toser muy muy fuerte, era como si un volcán hiciera erupción desde su garganta. Las manchas en su piel se pusieron de un morado intenso y, de pronto, cayó al piso y se agarró el pecho a la altura del corazón.

Yo no sabía qué hacer. Grité pidiendo auxilio, traté de llamar la atención de las personas que caminaban por la calle, pero nadie me miraba. Solo una familia que viajaba en la parte trasera de una camioneta se percató de mis gritos. La niña, aferrada a un viejo oso de peluche, me señaló con el dedo y sus padres trataron de detener la camioneta, pero el conductor no se inmutó. Al parecer, ellos también eran invisibles.

Corrí hasta la casa de la señora Giraldo y golpeé la puerta lo más fuerte que pude. Abrió ligeramente y, al verme, intentó esconder una expresión de desconfianza. Quise explicarle lo que pasaba, pero cerró lentamente la puerta, sin dejarme pronunciar palabra y escapando rápidamente, creyendo que era necesario huir antes de que le lanzara una bomba o algún tipo de maldición.

Volví a correr hacia una de las casas, pero esta vez recordé a la madre de Lucía, otra muchacha invisible. Mi madre me explicó que había nacido con algo diferente en su espalda, que le impedía mover las piernas. Por eso utilizaba una extraña silla con ruedas de bicicleta a ambos lados. Su madre era la única mujer en el barrio que, de vez en cuando, me miraba con sus profundos ojos verdes, con desconfianza; pero al rato, simulaba una pequeña sonrisa antes de llevar a su hija lejos del jardín.

—El *viejos* de la casa de *al frentes*. Tose, tose mucho. Cayó al *pisos* —le dije en el mejor español que pude.

Ella me miró intrigada. En ese momento supe que ya no era invisible. Tomó el teléfono y llamó a una ambulancia. Agarró sus llaves y salió corriendo en dirección a la casa del señor Salazar.

—Hola —dijo Lucía sentada en uno de los sillones de la sala—. ¿Qué está pasando?

—El señor Salazar tosía mucho y cayó al *pisos*.

—Ese señor está enfermo y ya es bastante mayor —dijo bajando la mirada—. Mi papá dice que morirá pronto.

—¿Es por eso que se volvió *invisibles*?

—¿Invisible?

—Sí, como tú y yo. Cuando salimos a la *calles* es como si nadie nos miraras.

Lucía fingió una sonrisa y me dijo:

—Ahora que lo dices, creo que es verdad. Yo también soy invisible, prácticamente nadie piensa en las personas que no podemos caminar. El mundo está hecho para la gente como tú, que corre y salta y no le teme a nada. En cambio yo, sentada en una silla de ruedas, no puedo ni siquiera ir a la esquina sin la ayuda de mi mamá.

—Pero yo *tampoco* puedo hacer esas cosas. Desde que nos trajeron, he *tenidos* que estar escondido en *casas*.

—Pero tú estás sano.

—Eso no *quitas* que aquí sea *invisibles* —exclamé.

Lucía me miró con dulzura, como si entendiese lo que estaba pasando por mi mente y mi corazón. Sentí que sus ojos estaban llenos de cariño y aceptación. Que por primera vez desde que llegué a este país, alguien me miraba como lo que era: un niño igual a los demás.

Su madre llegó unos minutos después, tratando de recuperar el aliento. Me abrazó y me dio las gracias por haberle avisado lo del señor Salazar. Los paramédicos le dieron primeros auxilios, lo reanimaron y se lo llevaron en la ambulancia al hospital más cercano. Me enteré que tenía una enfermedad muy grave que había afectado su corazón; pero que, gracias a mí, lo habían salvado de un infarto.

Unas semanas más tarde, el señor Salazar estaba sentado nuevamente en su mecedora. La vieja cascarrabias todavía se molestaba si me veía cerca de su tienda y aún no podía tomar prestados los libros de la biblioteca. Pero desde ese día, cuando pasaba por la casa del señor Salazar, el anciano me saludaba con una sonrisa; al menos para él, para Lucía y su madre, yo ya no era invisible.